

ROSTRO Y RASTRO DE PABLO NERUDA*

Enrico Mario Santí

Una revisión de la nueva edición de las *Obras Completas* de Neruda, editada por Hernán Loyola, junto a la reciente biografía escrita por David Schidlowsky, *Las Furias y las Penas: Pablo Neruda y su Tiempo*, demuestra —a juicio de Enrico Mario Santí— que ni una ni otra son, a pesar de su monumental esfuerzo, verdaderamente “completas”. Si la edición de Loyola no considera cerca de trescientos textos que Schidlowsky presenta, la biografía no considera importantes textos que la edición recoge. Y si la edición parece estar regida por una decisión de excluir textos que muestran el envejecido sectarismo nerudiano, la biografía, con todas sus virtudes, se resiste a una interpretación coherente de la vida y obra de Neruda. En ambos casos se comprueba, a la altura del centenario del poeta, que la verdadera “obra completa” y la biografía quedan por hacerse.

ENRICO MARIO SANTÍ (Santiago de Cuba, 1950) ocupa actualmente la cátedra William T. Bryan de Estudios Hispánicos en la Universidad de Kentucky, Lexington. Entre sus libros se destacan *Pablo Neruda: The Poetics of Prophecy* (1982), la edición crítica del *Canto General* (1991), *El Acto de las Palabras: Estudios y Diálogos con Octavio Paz* (1998) y *Bienes del Siglo: Sobre Cultura Cubana* (2002).

* A propósito de Pablo Neruda, *Obras Completas*, edición de Hernán Loyola (Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999-2002), 5 tomos; y David Schidlowsky, *Las Furias y las Penas: Pablo Neruda y su Tiempo* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag, 2003), 2 tomos. Cito siempre de estas ediciones con paginación entre paréntesis.

I

Cierta vez Octavio Paz escribió: “Los poetas no tienen biografía; su obra es su biografía”¹. Su tema entonces era Fernando Pessoa, el escritor que, junto a Borges, haría del “yo plural” la base de toda una literatura. Se refería no únicamente a lo que podríamos llamar la “épica de la máscara” que, en poetas como Pessoa, Borges, Pound o, ciertamente, Neruda, conforma la concreción dramática de un múltiple estilo. También a otra pregunta: ¿cómo se relacionan, en un escritor, la ficción de su obra y la realidad de todos los días? Si se trata de trazar la crónica del repertorio íntimo, la radiografía de sus deseos, es claro que la obra resulta una guía privilegiada, aunque tal vez no la única. Las entrevistas, la prosa lineal del propio escritor, incluyendo desde luego su correspondencia, y hasta los testimonios de terceros sirven para medir hasta qué punto esos temas llegaron a expresarse, o tal vez quedaron en puro deseo. Después de todo, ¿dónde termina la “obra” de un autor y comienza su “contexto”? Si se trata, en cambio, de trazar una crónica menos íntima y más abarcadora, la significación del autor en su época, dentro de su cultura o de su nación, por ejemplo, entonces el contexto se vuelve casi más importante que la obra.

Sin embargo, no terminan ahí los problemas para el biógrafo. Los contextos cambian, o al menos podemos escogerlos para ciertos efectos hermenéuticos. Y lo más grave: todo depende de la información que se tenga a mano. ¿Cuántas visiones de la vida de un escritor dado, aun los más documentados (los ejemplos sobran) no cambian como resultado del descubrimiento de un archivo, unas cartas, de poemas inéditos u ocultos, o de testimonios enterrados hasta ver la luz en el momento propicio? Por eso, cualquier biografía, sobre todo si se trata de la vida de un escritor, es siempre tentativa; tan tentativa como la interpretación de su obra, sujeta siempre a las sucesivas oleadas de su recepción.

En el centenario de Pablo Neruda, y vistos los dos monumentos bibliográficos bajo reseña, llegamos, por todo eso, a una tal vez sorpresiva conclusión: su verdadera biografía aún no se ha escrito. Es cierto que si se sostiene lo que antes dije, entonces tal “verdadera” biografía no existe. La sorpresa reside en otra paradoja: que al cabo de más de medio siglo de recepción prácticamente saturada, y tratándose de una figura tan consagrada como Neruda, los libros que reseñamos nos lleven a esa conclusión. ¿Cómo llegar a ella después de leer los cinco voluminosos tomos de esta quinta tentativa de edición de las *Obras Completas*? ¿Cómo afirmar semejante grosería tras leer las 1.337 páginas que la excelente investigación de David Schidlowsky hoy nos entrega?

¹ Paz, Octavio: “El Desconocido de Sí Mismo (Fernando Pessoa)”, 1965, p. 133.

II

El libro de Schidlowsky fue inicialmente una tesis en la Universidad Libre de Berlín escrita bajo la dirección de Víctor Farías y Dietrich Briesemeister. Según el autor, comenzó su investigación en 1991 y alcanzó a publicarla para este centenario en una edición privada de apenas 80 ejemplares en esa editorial alemana. De hecho, el libro abre con una nota (“Sobre la prehistoria de esta edición”) donde se cita la carta de “una editorial renombrada de Barcelona” en que rechaza la publicación del libro por ser “extenso y tan caro de producir” (1, p. 5). Los dos tomos abarcan toda la vida y obra de Neruda: el primero, las primeras 678 páginas, con cuatro capítulos, desde su nacimiento en 1904 como “Ricardo Eliecer Nef-talí Reyes Basoalto” hasta su exilio en 1949 como “Pablo Neruda”; el segundo, páginas 679 a 1337, desde ese mismo exilio hasta su muerte durante el golpe contra Allende en 1973. El autor mismo la describe como “una extensa cronología biográfica” (p. 12) que no pretende interpretar la poesía de Neruda sino ofrecer “una biografía personal y política” (p. 11). Así, según el autor, su fundamento es “el documento como escenario de realidad histórica y fuente para la valoración de determinadas opciones ideológicas”, y, por tanto, el intento de “otro tipo de biografía”, al menos tal y como ha sido practicada en el caso de Neruda, pues “penetra”, según Schidlowsky, “en la dimensión literaria y política de Neruda, para confrontar sus definiciones literarias y políticas, así como la relación, armónica o antagónica, existente entre ellas” (p. 11). Todas estas citas provienen de la “Introducción”, donde el autor sitúa su libro contra el trasfondo de anteriores “estudios biográficos sobre el poeta”, ya sea de su propia autoría o de personas cercanas a él, que “apenas han tematizado aspectos particularmente conflictivos de su biografía y prescindido hasta ahora de una base documental que permita verificar con cierta exactitud las diferentes hipótesis sobre la vida y obra de Neruda” (p. 11).

Para realizar semejante investigación, Schidlowsky se lo leyó (casi) todo —sólo la Bibliografía abarca 66 apretadas páginas. Su trabajo no fue sólo lectura de lo publicado, sino rastreo de documentos en fuentes tan disímiles como, entre otras, el Archivo Nacional, el Archivo Central Andrés Bello, la Fundación Pablo Neruda y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile; el Archivo Estatal de Rusia para la Literatura y la Cultura, el Archivo del Departamento de Estado de EE.UU. en Maryland y el *Bundesarchiv* de Berlín (2, p. 1334). La base documental no se extiende, en cambio, a entrevistas personales con gente allegada al poeta, o a su familia, aunque sí cita, extensamente, de lo publicado por ellos. Tiene razón el

autor cuando se adjudica que “por primera vez en la investigación nerudiana” se rastrea por “la trayectoria consular” (p. 13) de Neruda, no sólo en España, donde vivió tal vez su época más feliz y cambió su vida, sino desde sus inicios, a fines de los años 20, en el Lejano Oriente, hasta su gestión diplomática en París a principios de los 70. El resultado es pasmoso. Nunca se había hecho una investigación tan detallada de la vida y obra de Neruda, como nunca se habían atado tantos cabos, esclarecido tantas incógnitas sobre su actuación política y sacado a la luz tantos aspectos de su conducta personal.

Dejo para luego una discusión de estos aportes, y de sus límites. Explico ahora por qué dije que Schidlowky se lo había leído *casi* todo. Primero, porque, como él mismo admite, no se trata de una lectura o interpretación de la poesía. Esa opción tiene un beneficio: permite concentrarse en la trayectoria política y personal, ya de por sí repleta de vivos incidentes; tiene, en cambio, una grave desventaja: le presta escasa atención a la poesía, la columna vertebral de la obra del biografiado. No digo que falten datos sobre esa obra poética —Schidlowky es bastante escrupuloso, aunque no totalmente exhaustivo, en esa documentación. Le faltó, en cambio, una *lectura* o interpretación de la obra como hecho estético, dicho con toda la ambivalencia, literaria y psíquica, que conlleva ese concepto. Esa opción le hace abundar, por eso, en contextos sociales, políticos e ideológicos, tanto dentro como fuera de Chile; Schidlowky lo hace de manera completa y objetiva. En cambio, hay poco análisis, ya que no referencias, de movimientos artísticos, lecturas implícitas o explícitas, influencias en su obra, afinidades poéticas. Stalin se nombra más de cien veces; Whitman apenas diez. Tampoco, acaso lo más grave, hay lectura de poemas en relación con el desarrollo íntimo de Neruda. ¿Cuál podría ser, por ejemplo, la relación entre la enfermedad crónica y muerte de Malva Marina (única hija del poeta) con los poemas que escribió a la sazón? Vienen a cuento las propias palabras del poeta: “Si ustedes me preguntan qué es mi poesía, debo decirles: no sé; pero si le preguntan a mi poesía, ella les dirá quién soy yo”.

La otra laguna es accidental. Schidlowky manejó la cuarta edición de las *Obras Completas* de Neruda (1973) de tres tomos y no alcanzó a conocer la última de cinco (2002) realizada por el mismo editor, el profesor Hernán Loyola². Esta última contiene una serie de textos que podrían haberse aprovechado en la reconstrucción de la vida y obra. Pero si bien la lectura de esta edición nos sirve para criticar las lagunas de la biografía, la lectura de ésta puede servir, a su vez, para criticar la edición.

² Neruda, Pablo: *Obras Completas*, Alfonso M. Escudero y Hernán Loyola, editores, 1973, 3 tomos.

III

Esta quinta entrega (que no edición, en rigor) de las *Obras Completas* consta de cinco tomos y abarca (casi) toda la obra de Neruda, desde *Crepusculario* (1920-23) hasta *El Mar y las Campanas* (1973). La edición incluye, en los últimos dos tomos, “Nerudiana Dispersa”, las obras rezagadas y fuera de libro que Neruda escribió de 1915 a 1964 (tomo IV), y de 1922 a 1973 (tomo V). Si la cuarta edición de Losada (1973) incluía libros hasta *Geografía Infructuosa* (1972), la quinta entrega incluye nueve libros más, incluyendo todos los póstumos; si en la cuarta hubo 144 páginas de “Poesía y Prosa no Incluidas en Libros”, en la quinta tenemos 2.800 de “Nerudiana Dispersa”. Las estadísticas nos dan una idea de la magnitud de esta nueva empresa. El resultado es igualmente pasmoso: se trata de la edición más completa y ardua de la obra de Neruda hasta la fecha. Según Loyola, no interesó completar la cuarta edición, cuanto realizar “una edición diversa que implicara, además de la recopilación *total...*, el reexamen *completo* de la producción nerudiana con ánimo de establecer y fijar, hasta donde los límites humanos lo permitieran, un texto de máxima fiabilidad si no *definitivo*” (I, p. 105). (Subrayo los tres adjetivos para que se vea cuál fue el ánimo del editor general —no menos totalizante, en esto, que el de Schidlowsky en la confección de una “extensa cronología”). Cada uno de los cinco tomos incluye, al final, una excelente sección de “Notas” del propio Loyola, un índice de primeros versos y un índice general.

Digo que los cinco tomos abarcan *casi* toda la obra de Neruda porque, al igual que la lectura de Schidlowsky, no se trata, en rigor, de una obra completa. Digo esto por encima de las pretensiones del admirado editor general, y hasta por encima de mí mismo: en mi Prólogo al tomo I, escrito hace cinco años, me lancé a asegurar que la edición recogía, en efecto, la prosa y poesía dispersa “en su totalidad” (I, p. 81). Pero eso fue, claro está, mucho antes de que leyera el libro de Schidlowsky. Hoy he hecho, por ejemplo, un apresurado y tal vez impreciso cotejo de los dos índices y he encontrado que, de entre los 568 “artículos y poemas no publicados en libro” (pp. 1309-1333) que recoge Schidlowsky, faltan unos 330 del índice de las *Obras Completas*. De éstos, 50 más o menos son entrevistas o declaraciones periodísticas de Neruda, los que Schidlowsky mezcla indiscriminadamente con la bibliografía activa. Ello no quiere decir que, como veremos, Schidlowsky posea un manejo bibliográfico necesariamente mayor, o mejor, que el de Loyola; como dije, de haber conocido esta quinta entrega, su trabajo se habría beneficiado en mucho. Sí significa, en cambio, que ese conocimiento es distinto. Para los efectos de una edición

que quiere ser “definitiva”, la luz del cotejo revela lagunas en una obra que resulta ser mucho más inmensa y compleja de lo que, aún hoy, asumimos que es.

No me refiero, desde luego, a todo el material de archivo que Schidlowsky halló y reproduce en parte —los informes consulares de Neruda, por ejemplo, o muchas cartas. Tampoco a las cincuentitantas entrevistas y declaraciones, suma que, restada del total de 330, deja un saldo de 280 lagunas. Me refiero a textos que deberían considerarse parte del canon. Por ejemplo, en la etapa anterior al viaje de Neruda a Oriente, dos poemas juveniles de abril y mayo de 1923 (“Playa del Sur” y “Morena, la Besadora”), o inmediatamente después de éste, una carta de noviembre de 1932³. Las lagunas van multiplicándose a medida que avanzamos cronológicamente: dos textos publicados en la España en guerra, cuatro en Chile durante 1937, uno en 1938, otro en 1939, al menos tres en 1940⁴. No haré todo el recuento, pero sí esta observación: la razón por la cual gran cantidad de los textos, sobre todo los tardíos, se han dejado fuera no parece obedecer a los inevitables descuidos de una magna empresa editorial como ésta, y que en el caso de Loyola son mínimos —como los dos poemas juveniles. Se trata más bien de una decisión editorial, evidente en un hecho: hay poca manera de que muchas de las exclusiones se hayan sencillamente extraviado, pues fueron publicadas en periódicos o revistas harto conocidos (*El Siglo*, *Qué hubo*, *Ercilla*), donde aparecen otros que sí se incluyen. ¿Cómo explicar, si no, que se incluya “Argentina, Escucha lo que mi Patria te Dice” (*El Siglo*, 11 de junio de 1944) pero en cambio no “Saludo a Batista. Palabras de Pablo Neruda en la Universidad de Chile” (*El Siglo*, 27 de noviembre de 1944)?

El propio Loyola establece, en el prólogo a la “Nerudiana Dispersa”, que los “textos dispersos” son paralelos a “los libros canónicos (vale decir, las compilaciones organizadas y tituladas por el poeta mismo)” (IV, p. 9), sin percatarse de que, una vez recogida esa “nerudiana dispersa”, ella se convierte, en efecto, en el *canon* nerudiano. Es decir, el canon no es en realidad lo que el autor decide, sino lo que filológica e independientemente se puede establecer como suyo. Tomo, como emblema de esa decisión, el

³ Ver Schidlowsky, 2, p. 1311: “Playa del Sur”, 1923; “Morena, la Besadora”, 1923; “Una Carta de Neruda”, 1932.

⁴ “Almería”, 1937, y “Es Así”, 1937; “Neruda Habla en el Congreso de las Naciones Americanas”, 1937; “El Pueblo Está con Nosotros! Nosotros Debemos Estar con el Pueblo”, 1937; “Escritores de Todos los Países, Uníos a los Pueblos de Todos los Países”, 1937; “Los Gremios en el Frente”, 1938; “Un Autógrafo de Pablo Neruda”, 1939; “Llena de Grandeza es la Página Más Reciente de Neruda”, 1940; “Por Qué Cruz Coke no Debe Ser Senador”, 1940; “Pablo Neruda y sus Detractores”, 1940.

texto de 1944 sobre Batista. Se trata del mismo Fulgencio Batista que ese año, luego de haber cumplido su legítima presidencia de Cuba, fue acogido en Chile como héroe nacionalista, sobre todo por los comunistas, bajo cuya bandera (en Cuba, el llamado “Partido Socialista Popular”) Batista había postulado ese mismo año a Carlos Saladrigas, su primer ministro, para la presidencia⁵. Y es también el mismo dictador Fulgencio Batista que, quince años después, Fidel Castro derrocará del poder en una revolución comunista que Neruda saluda y defiende, al menos públicamente, hasta el final. Según Schidlowsky (1, p. 462), Neruda había conocido al Presidente Batista en 1942, cuando visitó la isla invitado por Juan Marinello, viejo amigo de Neruda (se conocieron en la guerra de España) y entonces ministro sin cartera y miembro del PSP. Schidlowsky reproduce parte del ditirámico discurso de Neruda al “capitán de su pueblo” (sic) y después reprueba lo que él llama “la falta de visión política del Partido Comunista y de Neruda” porque éste “no podía imaginar los vuelcos que la historia de Cuba daría años más tarde” (1, p. 534). Mi reacción ante esta evidencia es doble. Por una parte, critico la falta de análisis de Schidlowsky: no era lo mismo, para un comunista al menos, sobre todo en Chile, el Batista de 1942 o 1944 que el de 1959. Por tanto, no es cuestión de acusar “falta de visión”, sino de reconocer los intereses políticos de cada momento. En 1944, Batista era un aliado; después de 1959, un chivo expiatorio que justificaba la toma del poder. Si hubo oportunismo, éste fue mutuo: por parte de los comunistas, incluyendo desde luego a Neruda, y por parte del inefable Batista. Por otra parte, celebro el hallazgo de ese texto y también critico la falta filológica de Loyola: es deshonesto excluir del canon un texto como éste. Tal parece que, con tales ausencias, Loyola ha tratado de limar las aristas de la silueta política de Neruda.

Una vez más, se trata de una decisión, no simple descuido. Su torpeza se resume en el esfuerzo, evidente por parte de Loyola en el prólogo a la “Nerudiana Dispersa” (V, p. 9-39), por salvar una supuesta coherencia política y ética de Neruda ante los vaivenes de su tiempo. Pero si, en efecto, Neruda nunca renunció a la causa comunista, murió fiel a su partido y, lo que es más, apostó al eventual liderazgo global de la Unión Soviética y el bloque socialista, ¿qué se gana hoy con excluir de sus *Obras Completas* textos como: “Los Comunistas Queremos una Familia...” (*El Siglo*, 9 de septiembre, 1945), “Saludo a los Pioneros” (*Schulpost* [Berlín, RDA], Heft 8, agosto 1951), “No Dejaré Jamás de Ser Comunista” (*El Siglo*, 16 de junio, 1958), o “Cuba nos Enseñó que No Se Acaba el Mundo si se Rompe

⁵ Para una crónica del Batista previo a 1959, ver Thomas, Hugh: *Cuba: The Pursuit of Freedom*, 1971, pp. 706-736.

con el Imperialismo” (*El Siglo*, 11 de enero, 1961), sobre todo cuando sí se incluyen otros como “Todos Te Debemos Algo...” [homenaje a la URSS en 1966](V, pp. 109-166), o los discursos de la campaña de 1969 (V, pp. 285-296)? Son más de doscientos los textos que faltan, la gran mayoría de los cuales refleja el confeso sectarismo de Neruda. Hoy, a un siglo de su nacimiento, pero después de la caída del Muro, de la desaparición de la URSS y el bloque socialista, del desprestigio del llamado socialismo real y de la decadencia de la dictadura castrista, esos textos podrán parecernos terriblemente envejecidos y su lectura hacernos sonrojar. Pero no por ello podemos hacerlos desaparecer, o pasarlos por alto a la hora de un recuento científico.

IV

Como dije antes, la lectura de Schidlowsky es distinta. Su fidelidad a los documentos impide la homogeneización ideológica; antes bien, su yuxtaposición permite percibir fracturas, contradicciones y hasta “trapos sucios”, algunos sorprendentes, sobre todo para aquellos que hemos sido habituados a biografías donde se intenta —ya sea por razones personales (Aguirre, Rodríguez Monegal) o sectarias (Teitelboim)— otorgar, o construir, una coherencia personal, y domina la retórica del homenaje. Así, nos recuerda, entre otros aspectos —y mi lista de aportes es parcial— que la entrada de Neruda al servicio diplomático de Chile fue propiciada durante la dictadura populista de Ibáñez del Campo (1, pp. 112-114); acusa su antisemitismo soterrado en un comentario irónico, en las memorias, sobre Richard Hertz, colega vicecónsul de Alemania en Batavia (1, p. 161); y su falta de interés por la causa independentista de Gandhi y Nehru ante el Congreso Nacional Hindú de 1929 (1, p. 143); resalta el “odio” que sentía ante el “arte proletario”, según consta en carta a Héctor Eandi de 1933 (1, p. 179); subraya que Delia del Carril, su segunda mujer, fue a vivir con Neruda y Maruca Reyes, su primera esposa, en Madrid (1, p. 224), al igual que, años después, se repetirá una situación análoga cuando Matilde Urrutia pase a compartir la casa con Neruda y Delia; documenta el doblez de Neruda en 1937, cuando niega ante superiores del Ministerio de Relaciones Exteriores su amistad con Ilya Ehrenburg, delegado soviético al II Congreso por la Defensa de la Cultura en España, y desmiente ser comunista (1, p. 298); revela, a base de documentos y por primera vez, uno de los capítulos “más tristes y vergonzosos de la vida del poeta”, cuando “cumple malamente con la promesa de mandar una modesta remesa mensual” a su primera esposa y su hija enferma, quienes vivían en Holanda durante la

ocupación nazi, y luego, tras la muerte de la niña, interfiere con la proposición del Ministerio de Relaciones Exteriores para impedir la repatriación de Maruca a Chile (1, pp. 15, 272, 347); destaca su comunicación confidencial con el PC chileno durante su estancia consular en México con el propósito de salvar el escándalo del intento de asesinato de Trotsky, en el que participa el pintor David Alfaro Siqueiros y a quien Neruda ayuda con una visa para viajar a Chile (1, pp. 429-431); repasa, en general, el estalinismo crónico de Neruda, que incluso rebasa el discurso de Kruschef ante el vigésimo congreso (1956), para después, a la altura de los años sesenta, restarle importancia a su propia poesía política y criticar toda literatura a base de recetas. Doy pocos.

No es exagerado decir que el programa desmistificador de Schidlowsky guarda analogías con el que Víctor Farías (uno de los directores de su tesis) practicara años ha, en célebre libro, con el tema de Heidegger y el nazismo. Sólo que su “crónica extensa” se dedica ahora a desmontar un ícono del polo opuesto del espectro ideológico y con el objetivo más amplio de reconstruir la biografía a base de la minucia documental. Sin embargo, y a pesar de la montaña de datos que Schidlowsky aporta, faltan algunos que podría haber subsanado, como he dicho, consultando oportunamente la cuarta edición editada por Loyola. Doy tres instancias:

Para la primera etapa de la obra (1918-1923): los indispensables *Cuadernos de Nefthalí Reyes* (IV, pp. 53-214). Schidlowsky (1, pp. 38-65) se basa únicamente en los truncos y fallidos *Cuadernos de Temuco* (los mismos con otro título) que el propio Farías editó en 1996. Por tanto, a pesar de que conoce algunos de los textos que Loyola dio a conocer antes (I, pp. 39, 48, 93), desconoce gran parte de los textos que Farías no incluye⁶.

Para la etapa del *Canto General* (1948-50): la *Antología Popular de la Resistencia* (IV, pp. 739-759). Ésta fue la colección de diez poemas heterónimos, de tema político-satírico, que Neruda publicó en la clandestinidad durante su vida como “El Fugitivo”. Loyola lo incorpora al canon luego de que Robert Pring-Mill lo encontrara e hiciera reimprimir en 1993.

Para la etapa de reconocimiento global (1965-1969): además de los textos que Schidlowsky sí conoce, Loyola incorpora otro texto (II, pp. 972-973) que documenta la crisis de la llamada “carta de los cubanos”. En *Canción de Gesta*, el libro que en 1960 Neruda le dedica a la revolución cubana pero que decidió dejar fuera de todas las anteriores ediciones de sus

⁶ Igual ocurre con tres de los poemas de “Lorenzo Rivas”, otro pseudónimo temprano de Ricardo Nefthalí Reyes, que Schidlowsky nunca encontró (I, p. 99, n. 172) pero que Loyola incluye entre la “Nerudiana Dispersa” (V, pp. 304-305).

Obras Completas, Loyola incluye ahora el poema póstumo XLIII (“Juicio Final”), que Neruda siempre había dejado en blanco. En él un Neruda de ultratumba “enjuicia” por alusión a tres de los autores de esa fatídica carta: un “cínico negro” (Nicolás Guillén), otro “neutral eterno” (Alejo Carpentier), y a otro “tan retamar” (Roberto Fernández Retamar).

Pero tal vez lo que más falte en la biografía de Schidlowsky sea esa voluntad sostenida de interpretación que señalé anteriormente. No hay duda de que su enorme y documentado libro cumple su cometido de “determinar, con extremo rigor, la cronología de los quehaceres de Neruda” (1, p. 12). Pero ese rigor no se traduce, las más de las veces, en una pregunta que me parece esencial en toda biografía: ¿por qué? Es decir, no basta, en una biografía, señalar *qué*; también es preciso preguntar, y tratar de contestar, *por qué*. Como dice Jean-Yves Tadié, al justificar su biografía de Proust: “No se trata ya de descripción, sino de la experiencia interior, de aquello que será transformado en literatura”⁷.

V

Ya puede comprobar el lector por qué creo que, a la altura de este centenario, y a pesar de las muchas excelencias de estos dos aportes bibliográficos, no disponemos aún ni de unas verdaderas *Obras Completas* ni de una verdadera biografía de Pablo Neruda. Sí creo, en cambio, que los libros que he reseñado son fuentes tan ricas que pueden llegar a complementarse, y corregirse, mutuamente. Creo, por ejemplo, que el libro de Schidlowsky debería publicarse, tal vez en Chile, en una edición masiva que dé a conocerla mejor; y que aún si retuviese su limitado formato de “extensa cronología”, debería hacer un esfuerzo de revisión que incorpore los aportes de la quinta entrega de las *Obras Completas*. De la misma manera que creo que, si en verdad existe esa voluntad de realizar una “recopilación total” de toda la obra que profesa Hernán Loyola, debería asumirse la responsabilidad de rellenar las lagunas a las que las excelentes investigaciones de Schidlowsky apuntan.

No quiero pensar que en días en que los chilenos, a la altura de nuestro tiempo, hablan tanto de la recuperación de la memoria histórica, no haya cabida para proyectos de semejante envergadura. Que estos textos hayan sido producidos de por sí demuestra que ya se han dado pasos importantes. ¿Se tendrá ahora el valor de mostrar el verdadero rostro, y rastro, de Pablo Neruda?

⁷ Ver su *Marcel Proust. Biographie*, 1996, p. 12.

BIBLIOGRAFÍA

- Neruda, Pablo: "Playa del Sur". En *Claridad*, 84 (28 de abril, 1923).
- Neruda, Pablo: "Morena, la Besadora". En *Claridad*, 85 (5 de mayo, 1923).
- Neruda, Pablo: "Una Carta de Neruda". En *La Nación*, 20 de noviembre, 1932.
- Neruda, Pablo: "Almería". En *Frente Popular*, 15 de junio, 1937.
- Neruda, Pablo: "Es Así". En *El Mono Azul*, 22 (1 de julio, 1937).
- Neruda, Pablo: "Neruda Habla en el Congreso de las Naciones Americanas". En *La Nación*, 3 de julio, 1937.
- Neruda, Pablo: "El Pueblo Está con Nosotros! Nosotros Debemos Estar con el Pueblo". En *La Hora*, 24 de octubre, 1937.
- Neruda, Pablo: "Escritores de Todos los Países, Uníos a los Pueblos de Todos los Países". En *Frente Popular*, 9 de noviembre, 1937.
- Neruda, Pablo: "Los Gremios en el Frente". En *Claridad*, 20 de febrero, 1938.
- Neruda, Pablo: "Un Autógrafo de Pablo Neruda". En *Aurora de Chile*, 12 (4 de julio 1939).
- Neruda, Pablo: "Llena de Grandeza es la Página Más Reciente de Neruda". En *Qué Hubo*, 30 (2 de enero, 1940).
- Neruda, Pablo: "Por Qué Cruz Coke No Debe Ser Senador". En *Qué Hubo* (6 de junio, 1940).
- Neruda, Pablo: "Pablo Neruda y sus Detractores". En *La Hora*, 28 de julio, 1940.
- Neruda, Pablo: *Obras Completas*. Alfonso M. Escudero y Hernán Loyola, editores. Buenos Aires: Editorial Losada, 1973, 3 tomos.
- Neruda, Pablo: *Obras Completas*. Hernán Loyola, editor. Barcelona: Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores, 1999-2002, 5 tomos.
- Paz, Octavio: "El Desconocido de Sí Mismo (Fernando Pessoa)". En *Cuadrivio*. México: Joaquín Mortiz, 1965.
- Schidlowsky, David: *Las Furias y las Penas: Pablo Neruda y su Tiempo*. Berlín: Wissenschaftlicher Verlag, 2003, 2 tomos.
- Tadié, Jean-Yves: *Marcel Proust. Biographie*. París: Gallimard, 1996,
- Thomas, Hugh: *Cuba: The Pursuit of Freedom*. Nueva York: Harper & Row, 1971. □